

proposición: Pena de muerte al que proponga la dictadura, no fué decretada.

Muchos creyeron que después de una crisis tan violenta, acaso conviniera una dictadura.

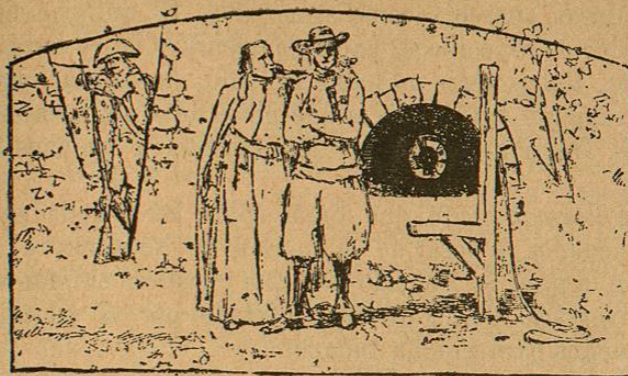
Los Girondinos habían fracasado en todos sus ataques; hasta Marat había escapado bien. Esta sesión violenta dió un gran resultado. París se conmovió.

El juicio de los hechos de Septiembre, por lo mismo que no fué hecho por la Convención, quedó más grabado en los corazones. Los adversarios de Septiembre habían fracasado en el salón de sesiones, bajo la presión de las tribunas maratistas y también por la debilidad del centro. Otra cosa fué en la masa del pueblo. Allí los Girondinos tuvieron una corona, la victoria de la humanidad.

Aquella tarde misma una diputación de la Comuna fué á la barra de la Convención, desautorizó á los enviados en su nombre á las provincias y declaró que no querían más que propagar la unión fraternal.

La Comuna llegó á decir: «Os denunciarnos á la junta de vigilancia. Ha obrado sin saberlo nosotros. Nosotros hemos depuesto á varios de sus miembros. Vosotros debéis castigarlos.» La humanidad estaba vengada, Septiembre negado y denunciado por la misma Comuna.

El 10 de Agosto y el 2 de Septiembre, ó sea la vergüenza y la gloria, no podían confundirse; la conciencia pública se había establecido sobre la base de la invariable moral eterna.



## CAPITULO XX

*La Gironda contra Danton (Septiembre-October 92.)*

La Gironda cree ver á Danton inclinarse á la tiranía.—La Gironda, hasta entonces democrática, se apoya en la burguesía contra la dictadura.—Los Jacobinos ocupan el puesto que ocupaba la Gironda, defensora de la legalidad.—La incapacidad de los girondinos había obligado á Danton á ejercer el poder.—Los girondinos persiguen á Danton como cómplice de Septiembre.—Persiguen á Danton y la Comuna como malversadores de los caudales públicos.—Danton no puede dar cuenta de sus gastos secretos.—Como Danton había predicho, arrecia la conspiración del Oeste.—Como Danton negoció la evacuación del territorio.—Dumouriez en París.—Danton y Dumouriez quieren atraerse á la Gironda.—Últimas negociaciones de Danton con los girondinos (fin de Octubre).—La Convención en realidad no estaba dividida en las cuestiones de actualidad.

El último voto de la Convención había sido muy conveniente para ella. Había pronunciado una *orden del día* acerca de todo aquel que intentase establecer la dictadura, imponiéndole pena de muerte. Aunque la proposición estaba hecha y apoyada por los jefes de la Montaña, los individuos de aquel grupo votaron la orden del día. Chabot había pretextado el respeto al pueblo sosteniendo que la Convención no podía imponerle una forma de gobierno. Este argumento iba muy lejos. Podía llegar hasta deshacer lo hecho en 10 de Agosto y hacer ilusorio el decreto de 21 de Septiembre aboliendo la monarquía.

Los girondinos se confirmaron en la sospecha de que la Montaña quería, por medio de la anarquía como había dicho Marat, ir á la dictadura.

¿Pero Marat había dicho tal cosa? Acordaos de que en 21 de Septiembre, cuando llena de entusiasmo, la Asamblea votaba la abolición de la monarquía, un solo hombre reclamó, Bazir, furioso montañés y amigo de Danton, que dijo: «Sería de un efecto deplorable que la Asamblea decidiera en un momento de entusiasmo.»

Se había visto aparecer en la gran batalla del 25 á los tres hombres á quienes se llamaba el triunvirato de Septiembre. Pero no se les



confundía. Marat aparecía como inmóvil. El antiguo charlatán de plaza, vendedor de específicos, había aparecido y la ira habían reemplazado al horror. Robespierre no había brillado; sin adulaciones á las tribunas, precisamente cuando decía que no se debe adular al pueblo, fueron acogidas fríamente aun por los mismos á quienes iban dirigidas.

Se sabía el ascendiente que tenía sobre las sociedades Jacobinas; pero esas sociedades, á pesar de la opinión de Robespierre, se hicieron partidarias de la guerra. Vencido en esta cuestión eminentemente nacional, el adversario de la guerra, refutado por la victoria, parecía anulado, al menos para mucho tiempo.

Danton había estado más hábil en la famosa sesión. Su apología, de una bondad aparente, había tenido el carácter de audacia y de grandeza que caracterizaba sus palabras.

Abominable político que, descartando la izquierda y el jefe de los violentos, formaba ascendiente sobre los moderados. Esto era lo que llenaba de miedo á los girondinos. Creían siempre ver á Danton llegar á la tiranía: «No le habéis visto desde el primer día (él, Danton, el más ardiente amigo de los despojadores) tomar la iniciativa reclamando garantías para la propiedad, quitándonos el mérito de satisfacer los deseos de la opinión pública. En el mismo día en que abdicó ese poder ¿no vimos todos que no podía descender?»

Tal era el motivo de los temores de los girondinos y de las novelas que, á fuerza de imaginación, se forjaban con respecto á Danton.

Por lo demás tenían el mismo carácter los dos lados de la Asamblea. El exceso de apasionamientos hacía el mismo efecto. Todos se habían hecho extraordinariamente cavilosos, recelosos, crédulos y afectados por los menores vislumbres y obcecados una vez no tenían fuerza para salir de tal estado. Algunos por el estado del espíritu, estaban también enfermos del cuerpo. El tipo de estos enfermos, Robespierre, estaba á la izquierda; pero había muchos á la derecha. Muchos que no hablaban, pasaban las largas sesiones contemplando á sus adversarios, examinándolos; queriendo, por un gesto, adivinar su pensamiento y forjando las más terribles novelas. El doble enigma que preocupaba á estos nuevos Edipos, eran Danton y Robespierre. Acerca del segundo había el convencimiento de que no era hombre de acción; pero creían que sería un instrumento en manos de su poderoso rival. Algunos se inclinaban, por lo mismo, á romper el instrumento y atacar á Robespierre. Otros, viendo á Danton muy cerca de la tiranía, creían que se le debía desenmascarar inmediatamente. Todos, dándose á soñar, se habían forjado una novela que prueba como los hombres más razonables pueden ir muy lejos en el absurdo, una vez que la pasión ha turbado el espíritu y la razón.

De esta manera el terror hacia el 2 de Septiembre, la sombra de aquellas noches sangrientas en que cada uno se sintió morir no contri-

buyeron poco á turbar los ánimos y tenerlos en un estado de ilusión perpetua.

Parece como que la Montaña y los hombres de Septiembre se habían mezclado, segun aquellas imaginaciones enfermas, con el famoso Viejo de la Montaña y los Asesinos. Según ellos, desde el 89 se había fraguado un complot en favor de los Orleans. ¿Por quién? Según ellos por Laclor, el vano autor de *Las relaciones peligrosas*, Lafayette y Mirabeau, unidos íntimamente (i) habían sido los autores de la trama; habían enviado á Orleans á Inglaterra para arreglarlo todo con Pitt: «Danton, Marat, que llevaban al asesinato á los septembristas, ahogarán un día todo el partido de la derecha y harán rey al duque de York. Orleans asesinará al inglés; pero será asesinado por Marat, Danton y Robespierre. ¿Cuál quedará de los tres? Danton, que es el más hábil, y por lo tanto será el rey.»

Este conjunto de locuras no asombraba á nadie. Se le creía verosímil y cada uno encontraba bien los hechos que parecían apoyarlo. Si alguno de los girondinos contestaba era para tejer otra novela no menos absurda. El único que conservó serena la cabeza fué Condorcet, pero no se le escuchó.

Lo que si era verdad es que Danton, al dejar el ministerio, no había dejado nada. No tenía ningún título, pero la fuerza que había tenido durante la gran disolución la conservaba. Conservaba los hilos de la diplomacia y de la política; parecía el dueño de París y el del ejército. El parecía que dirigía á Dumouriez en la campaña y parecía también que, con las armas en la mano, dirigía á los prusianos para que evacuaran el territorio francés. Una porción de hombres comprometidos creían tener la seguridad en el patrocinio de Danton; él los habrá defendido llamándose su cómplice. Estos hombres le pertenecían, le rodeaban de continuo, escuchando con avidez sus palabras y venerando sus gestos. Le formaban una corte aumentada por los curiosos que le seguían á todas partes y le amaban y le admiraban. Al verle hubiérase creído que el dictador no había que buscarlo, que estaba allí y era aquel rey de la anarquía.

Los girondinos se creían fundadores de la República; la defendían contra la dictadura, no solamente por patriotismo, sino por amor propio de autor.

Aunque Camilo Desmoulins hubiera tenido en la prensa la valiente iniciativa; aunque Danton, maestro de Desmoulins, concibiera el primero la grandiosa idea, eran, sin embargo, los escritores girondinos los que, en el momento decisivo, habían acostumbrado la opinión pública á la idea de la abolición.

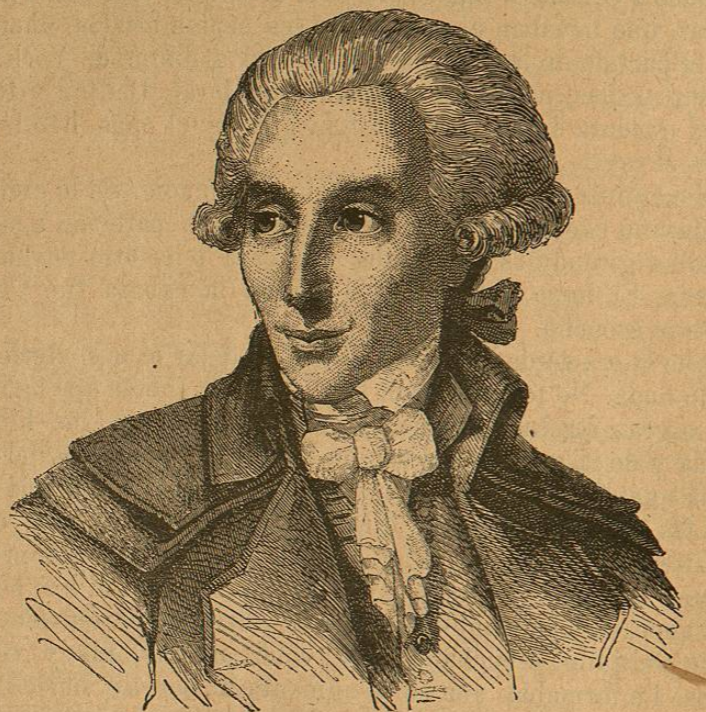
Los místicos Fauchet y Bonneville, en la *Bouche de fer*; los razonadores Brissot, Condorcet, Tomás Paine, habían convencido al público y puesto la primera piedra de la República. Los jacobinos, Robespierre, se habían callado sobre la cuestión. Los cordeleros se habían



declarado republicanos; pero no todos los cordeleros, ni los más influyentes; Marat y Danton en sus vagos y violentos discursos no habían hablado claro.

La Gironda, en la República, creía defender su obra contra la dictadura y la monarquía, que vendría por la anarquía.

Contra la autoridad real de Danton, de París y de la Comuna; y también contra la de Robespierre y de las sociedades jacobinas, que si



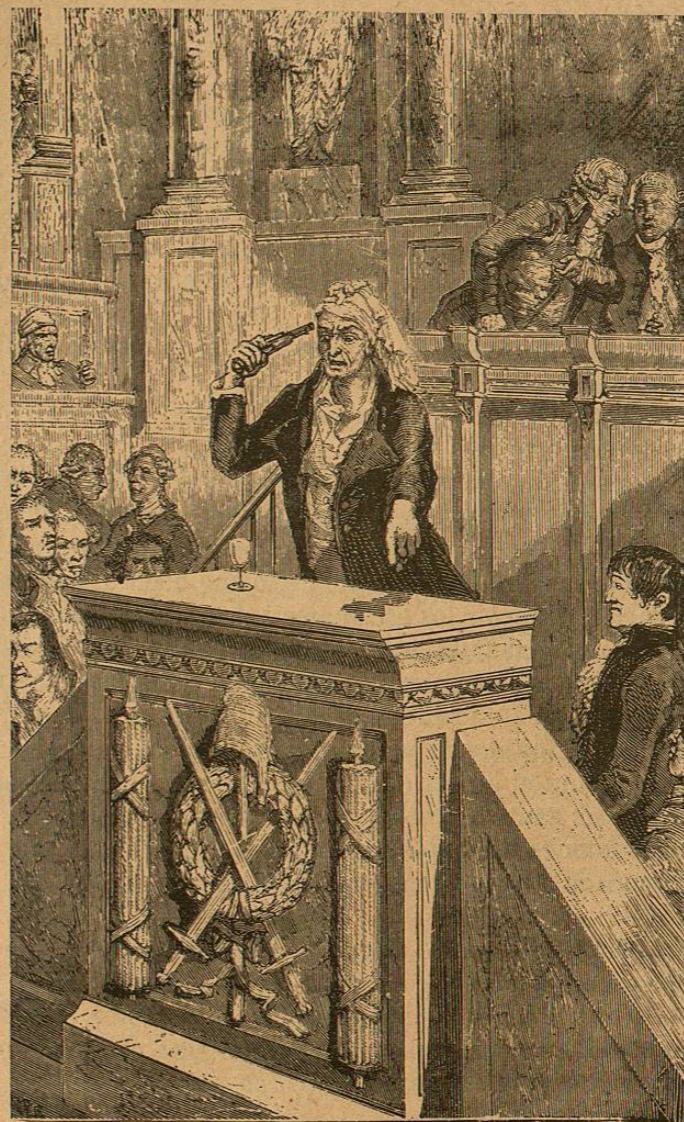
GAUDET

hasta entonces habían sido burguesas, ahora no rechazaban al pueblo.

Los girondinos hasta entonces habían tenido una confianza admirable en las clases inferiores y en la totalidad del pueblo. Burgueses la mayor parte, pero antes que todo, filósofos, imbuidos en la filosofía generosa del siglo diez y ocho, habían aplicado sin reservas la idea de legalidad que llevaban en el corazón.

Esto se vió en el 90 de una manera clara en las poblaciones donde dominaron, como Burdeos y Marsella. Se organizaba la guardia nacional como en París, como Lafayette, y se recomendó el uniforme. Los nobles ciudadanos, bajo la inspiración del futuro partido girondino, declararon esta distinción odiosa y propia para crear rivalidades.

Nada de uniforme, una cinta, una simple cinta tricolor para reconocerse; un signo poco costoso que pudieran llevar igualmente los ricos y los pobres.



Declaro que si el decreto de acusación hubiera pasado, me hubiera levantado la tapa de los sesos. (Pág. 331)

La Gironda, todopoderosa en el invierno del 91, en la primavera del 92 estuvo fiel á sus doctrinas; ella, de grado ó por fuerza, y á pesar de la resistencia de los Jacobinos, impuso á todo el mundo el gorro de



lana roja que llevaban antes los aldeanos y que fué puesto sobre la cabeza de los reyes.

La Gironda obró legalmente mientras fué posible, dando armas á todos; secundando el anhelo de guerra y, en defecto de fusiles, autorizó á todo el mundo para forjar picas. Ella comprendió la guerra en el sentido más santo, en aquel bajo el cual la guerra es verdadera madre de la paz, es decir como una verdadera cruzada de la libertad; como la prueba de que había nacido una Francia nueva, la iniciación del pueblo en la legalidad y el abatimiento de la aristocracia.

La verdadera manera de destruir la nobleza era darla á todo el mundo; ceñir á todos la espada. En esto la Gironda había interpretado el deseo de Francia. Nadie pensaba en la igualdad de bienes; pocos comprendían la igualdad ante la ley; todos deseaban la igualdad bajo las banderas.

He aquí los antecedentes de la Gironda, los cuales le bastaban para permanecer fiel.

¿Por qué extraño cambio la vemos abandonar el puesto que había ocupado en la Revolución?

Fatal comparación. Marsella en el 90 había rechazado la idea del uniforme para la aristocracia, y en el 92 propuso en la Convención lo de los ochocientos jóvenes que vinieran á meter en cintura á París.

Eso era precisamente lo contrario de lo que hacía falta. Para guardar la Convención, impedir los asesinatos y los robos, ¿para que apelar á los ricos? Lo que hacía falta eran franceses y, si se quería elegir, elegir pobres y hacer un llamamiento á su honor. Nosotros analizaremos más tarde el elemento aristocrático que se encontraba en la Gironda, el elemento legista, el municipal y el mercantil de las ciudades del Mediodía. Notemos aquí el horror que turbó su vista y lo hizo inclinarse poco á poco en este sentido; creyó ver la propiedad en peligro. A pesar de grandes desórdenes, no había nada que temer; al contrario, la propiedad, comunicada á todos, tenía una base más firme por que era más ancha.

Bajo la influencia de este error, la Gironda acudió al socorro de Francia contra la dictadura y contra las leyes agrarias que el dictador hubiera podido dar. Ella se fió de los móviles é intereses á quienes pudiera convenir mañana que el rey volviera; en una palabra, por rechazar la monarquía revolucionaria, se apoyó en una clase que se inclinaba fatalmente á la monarquía.

Barbaroux, con su aturdimiento provenzal, hacía ver todo esto. El dijo contra los suyos lo que no hubieran dicho sus más crueles enemigos. A estos mostró el punto vulnerable donde podían pegar.

El pareció haber dictado á Robespierre el programa del nuevo periódico que debía aparecer pocos días después. (Cartas á sus electores y á todos los franceses). Decía así: «No es nada lo que hemos hecho derribando el trono; lo interesante es levantar una legalidad sobre sus

escombros... El reinado de la legalidad empieza.» Pensamiento justo y noble que él desenvolvió con grandeza de ánimo. Menos feliz estuvo cuando habló de los medios de establecer esa legalidad: «¿Cómo obtenerla? Protegiendo al débil contra el fuerte. Por que lo más fuerte que hay en el Estado es el gobierno...» De aquí dedujo que el objeto de las leyes constitutivas debía ser luchar contra los gobiernos; conclusión trivial y falsa, pues si esto fuera así el Estado se convertiría en un combate continuo, sin nada positivo, infecundo. Esto sería venir á las peñeces de la política inglesa, que consiste no más en ciertas garantías para hacer la oposición.

De esta manera la Gironda, que había sido el partido de la legalidad, abandonó su papel y se dejó vencer por los Jacobinos, por la Montaña.

La incapacidad de este partido se revelaba todos los días por el contraste que ofrecían su posición dominante y su incapacidad. Tenía mayoría en la Convención y en el ministerio y había nombrado el presidente y los secretarios. En la administración, daba todos los destinos. Dominaba la prensa. Parecía así que tenía las dos armas más fuertes: la autoridad y la publicidad. El tenía todo y no tenía nada. Tenía en la mano el poder, pero no lo podía cerrar. Era nulo en los clubs: ¿por qué? Porque los clubs girondinos hubieran sido impotentes para contrarrestar la conspiración eclesiástica y realista que se presentaba amenazadora en el Oeste.

El partido que se pasaba el tiempo hablando era inhábil para dirigir la política.

Danton quiso entregarle esa dirección, como lo vamos á ver; pero advirtiéndole su nulidad, tuvo que recobrarla él y rodearse de hombres tomados de todas partes.

No había podido tener el poder y no perdonaba á Danton el tenerlo y conservarlo.

Ese partido se encarnizó con Danton y atacó imprudentemente al hombre que simbolizaba el genio revolucionario y el de la salud pública. Este empeño imposible ¿era desinteresado? Se podía dudar. Danton era el verdadero rival de elocuencia y de influencia. Solo él, en la gran crisis parecía no desesperar de la salud de la patria. Mr. y Madame Roland, á pesar de su gran valor, tuvieron que confesar que, en el momento del peligro, se vieron neutralizados por Danton.

Por eso el hombre que había sabido sobreponerse á todos llevaba ya para siempre un sello de gloria y de genio.

Pasara lo que pasara, Francia no podía abandonar al hombre que la había salvado.

Danton había dicho el 21 de Septiembre: «Dejemos las exageraciones y protejamos la propiedad.» Y el 25 desautorizó á Marat.

No podía ir más lejos, sin perder la gran posición que ocupaba, para salvar á la República, del jefe de los violentos.